COMEDIA FAMOSA.
EL MAS TEMIDO ANDALUZ, Y GUAPO FRANCISCO ESTEBAN.
DE UN INGENIO VALENCIANO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Francisco Estéban. * *Margarita, Dama.* * *El Presidente de la Sala.*
Juan Romero. * *Doña Josepha.* * *El Gobernador de Cartagena.*
Bocanegra, Bandido. * *Juana, Criada.* * *El Corregidor de Antequera.*
Benito Velasco. * *Una Muger. Un Page.* * *Un Alcalde. Un Valiente.*
Calimaco, Gracioso. * *El padre de Estéban.* * *Ministros y Guardas.*

JORNADA PRIMERA.

Suena dentro ruido de desembarcar y tiros, y despues tocan caxas.

Unos. Echad áncoras. *Otros.* Aferra,
aferra, chusma, y al Puerto
salude el cañon, canalla. *Tiros.*
Unos. Dale fuego, dale fuego.
Otros. Viva el Español Monarca,
viva, viva. *Caxas.*
Salen Francisco Estéban á lo Soldado, con capa, y un trabuco oculto, y Calimaco de la misma suerte.
Calim. No sabrémos
para qué, Estéban, te sales
tan de repente y tan presto
de esa casa, que nos dexa
sin camisa y sin dinero?
de esa jaula, en que el demonio
nos tiene con dulce cebo
(veinte dias que aquí estamos,
para mí mil y quinientos)
al hechizo de dos Dayfas
hechos unos esqueletos?
de esa de Amor ratonera,
de esa caverna de Vénus,
de esa cárcel::-
Esteb. Necio, calla,
pues segun se oye el estruendo,
al Puerto nave ha llegado
en este punto, y ver quiero
si acaso es la Capitana
que aguardamos.
Calim. Dicho y hecho,
la Capitana es aquella,
que en gallardetes y fluecos,
hecha jardin de los ayres,
es del piélago embeleso,
y parece que va echando
la gente á tierra. *Esteb.* Lleguemos,
Calimaco, á ver si hallamos
algun camarada nuestro.
Calim. Para qué, si ya á esta parte
van á quadrillas viniendo
los Soldados y Oficiales
de la Galera, y es cierto,

que á ménos costa hallar puedes
los amigos? *Esteb.* Y yo pienso,
que este Soldado que llega
es de Lucena. *Calim.* El primero
de todos? *Esteb.* Si.
Calim. Y no te engañas,
porque yo estoy en lo mesmo.
Esteb. Presto se verá, pues llega.
Sale Juan Romero de Soldado con una carta en la mano.
Romer. No me diréis, Caballeros,
en quál de estas casas vive
Don Luis de Acisto? qué veo!
no es este Francisco Estéban? *ap.*
Esteb. No es mi amigo Juan Romero?
sí, él es: Paisano? *Romer.* Amigo?
pues qué es esto?
Esteb. Pues qué es esto?
tú en Cartagena Soldado
de Galera? *Romer.* Eso es lo mesmo,
que en ti, Francisco, me pasma:
Jesus, Jesus, no lo creo.
Calim. Y en Calimaco será
cosa de hacer aspavientos?
Romer. Tú tambien?
Calim. Sí, señor mio,
yo tambien me he dado á perros.
Romer. Es cierto, amigo Francisco,
que de haberte hallado tengo
el corazon que rebosa
de un cariñoso contento:
qué has hecho? dónde has estado
mas de dos años y medio,
que ha que de Lucena faltas?
Esteb. Ay amigo, que esos cuentos
son muy largos para ahora;
y pues de espacio estarémos,
déxalo para otro dia.
Romer. Cómo dexarlo? eso es bueno:
por vida de la amistad,
Francisco, que ambos tenemos,
que de tu valiente vida
me has de dar parte. *Esteb.* Romero,
vive Dios, que estoy ahora
de cuidado, porque tengo
unos rollos de tabaco
en una casa, y espero
á que un cierto camarada
me dé unos quartos por ellos
esta tarde, y luego es fuerza
volverme temprano al Puerto
á mi Galera, con que
esta noche nos verémos;
porque decirte mis cosas,
mis locuras y sucesos
por encima, de qué sirve?
poco á poco, y dar con ello.
Romer. No estuviste en Cataluña?
Esteb. Sí, que despues que al Maestro
en donde aprendí, me viste,
porque me hablaba algo recio,
y á todos á manotadas
los llevaba al redopelo:
no pudiéndome sufrir,
un dia, sin mas ni ménos,
á pedradas, como un oso,
le eché la puerta en el suelo.
Me fuí á Jaen, á sazon,
que reclutaba su Tercio
Tropas para Cataluña;
senté plaza, donde creo,
que si habia de contarte
los choques y los encuentros
que tuve, en una semana
te quedaras sin saberlo:
solo por cosa de chanza
de la pendencia me acuerdo,
que con dos Cabos de Esquadra
tuve despues de Sargento.
Romer. Dímela, Estéban, por Dios,
prosigue. *Esteb.* Déxate de eso.
Romer. Por qué?
Esteb. Fué una niñería.
Romer. Poco, Estéban, te merezco.
Esteb. Pues sabrás, que estaba un dia
enfadado sobre el juego;
mandóme mi Capitan
no sé qué cosa, y yo quieto
no le quise obedecer:
hablóme mal, yo soberbio
le dixe, que era un cuitado,
y que hablaba por el fuero
de mi Oficial solamente,
y que si queria verlo,
detrás de Santa Madrona
le esperaba cuerpo á cuerpo.

Des-

Desprecióme, y el castigo
encargó de mis excesos
á mis dos Cabos de Esquadra:
mas yo que nunca del miedo
la medrosa cara he visto,
metíme á danza con ellos
de tan buen ayre, que juzgo,
que los pobretes se fuéron
ántes con ántes del vayle
molidos, pero yo fresco.

Romer. El demonio eres, Francisco.

Esteb. Este, Romero, es mi genio,
con los corteses cortes,
con los que no, peor que ellos.

Romer. Pero dime la ocasion
de que Soldado te veo
de Galera en Cartagena.

Esteb. Como dexé el Regimiento
por estas y otras locuras,
pasé de Valencia al Reyno,
y en Alicante encontré
quatro Galeras á tiempo,
que de Cerdeña llegaban:
senté mi plaza, y contentos
venimos á Cartagena
con toda la Esquadra, ménos
la Capitana, que estaba
en Mallorca, que hoy al Puerto
dichosamente ha llegado,
donde tan jaque te veo,
que puedes causar envidia
al mas bizarro. *Romer.* Qué bueno!
á mí palearme, Francisco?
qué lindo! á mí que las vendo?
No vés que ha un año cumplido,
que á cuestas casaca llevo
de Galera? mira tú
si habré salido maestro.

Calim. Y sobre eso, de Lucena:
á ver si muerdes el dedo?

Esteb. Ea pues á qué aguardamos?
ven á tomar un refresco,
Paisano. *Romer.* Yo te lo estimo;
pero cuidadoso vengo
á dar dos cartas que traigo
de un Mallorquin Caballero,
para dos de Cartagena.

Esteb. Pues no habrá bastante tiempo?
ven, Romero.

Romer. Estéban, vamos,
que con el gusto de vernos,
pasó tan veloz la tarde,
que ya anocheció.

Sale una muger con un niño de la mano huyendo.

Muger. Si puedo,
por muger y desvalida,
en vuestros gallardos pechos
hallar defensa y amparo
contra un hombre desatento,
que me persigue, mi llanto
muévaos á tan noble empeño.

Esteb. Decid, qué teneis, señora?

Romer. Qué os aflige?

Muger. Que ofendiendo
mi respeto un hombre osado,
con violencias descompuesto,
intenta que le dé oido
á sus locos devaneos;
pero ya llega, señores,
tenedle. *Esteb.* Perded el miedo,
que á villanos atrevidos
les pone rienda mi esfuerzo:
Romero, déxame solo,
que yo basto.

Sale el Valiente.

Valiente. Si á los Cielos,
ingrata, te subes, juzgo
baxarte de los cabellos,
pues hasta allí he de seguirte,
traidora, infiel.

Esteb. Quedo, quedo,
señor compadre, y mas pasos
no dé en valde, porque entiendo,
que usted se retirará,
ya que estoy yo de por medio.

Valient. Mucho siento que se meta
vuesarced donde no le hemos
de menester; y así digo,
que no me detenga. *Esteb.* Siento,
que tan descortes se porte,
quando yo soy tan atento.
Esta muger, señor mio,
de mí se vale, y su intento
no ha de lograr, si en su ayuda
viniera todo el Infierno;

y así, paso atrás.
Muger. Ay triste,
qué grande desdicha temo!
por amor de Dios, señores.
Valient. Tú tienes la culpa de esto,
Asela de un brazo.
y en tu pecho este puñal:;-
Muger. Que me mata.
Esteb. Tente, perro,
que á infamias tan declaradas
rayos de pólvora tengo.
Dispara el trabuco, y caen el Valiente, la muger y el niño.
Valient. Muerto soy.
Muger. Vírgen Sagrada,
valedme.
Esteb. Dios te dé el Cielo.
Romer. Qué has hecho, Francisco Estéban,
que á los tres de un golpe has muerto?
Calim. Al hombre, muger y niño?
qué desgracia! *Esteb.* Ya lo veo;
pero qué le puedo hacer,
si ya no tiene remedio?
Calim. Y estaba la pobrecita
preñada. *Romer.* Qué desconsuelo!
vive Dios, que con el alma
desdicha tan grande siento.
Dent. voces. Hácia esta parte fué el ruido,
favor al Rey. *Romer.* Peor es esto,
que sobre nosotros viene
la Justicia. *Calim.* San Anselmo,
que es imposible escaparnos.
Esteb. Pues á las armas, Romero;
ten ánimo, y dar las vidas
ántes que mirarnos presos.
Dentro voces. Aquí fué el tiro.
Calim. San Lúcas!
Salen los Ministros.
1. La Justicia, Caballeros:
qué estruendo es este?
2. Qué ha sido?
quién este delito ha hecho?
Esteb. Señores, una desgracia,
de un acaso hija: yo he muerto,
por librar á esa muger
de un amenazado riesgo,
á ese hombre, y fué su destino
tal, que de entrambos el pecho,
y el de ese niño, he pasado
con el plomo sin quererlo:
un empeño honrado ha sido,
aunque infeliz el suceso.
1. Dése á prision, que en la cárcel
se ha de averiguar. *Esteb.* El fuero
de Soldados nos permite
negaros el cumplimiento.
1. Cómo negar? linda excusa!
rinda las armas. *Esteb.* Solo eso
me motivará á pasar
á lo que gana no tengo.
1. Dense á prision, que palabras
aquí no son de provecho.
Esteb. Pues si no son, en las obras
buscarémos el remedio:
alto allá. *Sacan las espadas, y riñen.*
Romer. Fuera, cobardes,
que es relámpago mi acero.
1. Favor al Rey. *Esteb.* Yo no tiro
tan arriba, que no llego.
Romer. Aquí, valor de Lucena.
Entranse retirando á los Ministros, y queda Calimaco solo.
1. Muerto soy. 2. Válgame el Cielo!
Calim. Miren lo que es ser un hombre
desastrado, que no han hecho
caso de mí estos señores:
Dios se lo pague, que es cierto,
que aun para sacar la espada
lugar no me ha dado el miedo:
pero ya Francisco Estéban
y su amigo, hechos dos fieros
basiliscos, han dexado
la calle sin gente, y pienso,
que hácia la casa enderezan
de las Dayfas, que es el centro
de los contrabandos todos:
voy allá, por si es su intento,
mudándose en un compas,
tomar las de Villa-diego. *Vase.*
Salen Francisco Estéban y Romero.
Romer. Estás herido, Francisco?
Esteb. No, Romero, que tu esfuerzo
me ha dado la vida.
Romer. Amigo,
tú te debes el acierto:
sola ha quedado la calle,

que amedrentados huyéron:
mas dónde vamos? *Esteb.* A casa
del mas gallardo embeleso
de perfeccion que habrás visto.
Romer. Pues para qué?
Esteb. Es que allí tengo,
como te dixe esta tarde,
unos rollos. *Romer.* Ya te entiendo.
Esteb. Y un caballo prevenido
para lances como estos.
Romer. Luego segun eso, intentas
dexar las Galeras? *Esteb.* Eso
será, si no se compone
lo que executado habemos.
Romer. A tu lado estoy, Francisco,
por ti no temo los riesgos.
Esteb. Pues ya que la negra noche
con sus capuces funestos
apadrina del valor
temeridades y arrestos,
y ya la puerta del muelle
cerrada estará, yo tengo
por acertado sacar
de aquí con mucho sosiego
la carga y caballo. *Romer.* Dices
bien, por si saben el cuento
los de la Ronda, y te buscan
con la Justicia resueltos.
Esteb. Pues esta es la calle donde
vive mi Dama, Romero.
Romer. Y la casa?
Esteb. Esta que miras.
Romer. Cerrada está. *Esteb.* Ya lo veo:
sin duda vuelto no habrán,
si han salido.
Romer. Es cierto. *Esteb.* Pero
abierta la he reparado
al impulso mas pequeño:
entra pues. *Entran y salen.*
Romer. Sobre una mesa
se perciben los reflexos
de una luz. *Esteb.* Ola, Isabel,
Ines, dónde estais? no han vuelto
todavía; y así, en tanto
que esperándolas estemos,
y Calimaco no viene,
que me refieras te ruego,
los motivos que has tenido
para ausentarte resuelto
de Lucena, y de encontrarte
en las Galeras sirviendo.
Romer. Cómo, estando rezelosos
de si vienen? *Esteb.* Juan Romero,
no me estoy yo descuidado?
Romer. Sí, Estéban.
Esteb. Pues haz lo mesmo.
Romer. Un lance tuve, en que dí
su merecido escarmiento
á un cobarde, que era estorbo
de un amante pasatiempo,
en que tenia entregado
todo mi alvedrío al cielo
de una muger, con que fué
fuerza ausentarme, eligiendo
por asilo las Galeras
de España, donde contento
sulqué en corso las campañas
del indómito elemento,
con los cinco baluartes
de pino, que en lo ligero,
en lo dorado y garboso
de gallardetes y remos,
marítimos abestruces
se van por el mar meciendo.
Mas qué acelerados pasos
se escuchan? *Sale Calimaco.*
Calim. San Juan, San Pedro.
San Vicente, San Antonio.
Los dos. Qué tienes, hombre?
Calim. Qué tengo?
que los Guardas y Ministros,
y el Gobernador con ellos,
buscándonos van, que hay soplo
del matute que tenemos
aquí en casa de Isabel
tu Dama. *Esteb.* Pues al remedio:
entra y compon el caballo
con brevedad, que al encuentro
quedamos los dos.
Calim. Voy pues. *Vase.*
Romer. Sea liberal y presto.
Esteb. Aquí otra vez, Juan amigo,
es menester el esfuerzo.
Romer. Mi espada aquí y dos cachorros
están, y contigo el dueño.
Esteb. Sabes qué temo?

Romer. Qué temes?
Esteb. Que de aqueste soplo el dueño
ha sido mi propia Dama,
que es hermana de un Don Pedro
el Guarda Mayor. *Romer.* Y en qué
lo fundas?
Esteb. En que está abierto,
y en casa no está. *Romer.* Bien dices:
mas ántes que puedan ellos
echarse sobre nosotros,
si darles chasco podemos,
será lo mas acertado,
Estéban. *Esteb.* Pues eso intento.
Sale Calimaco.
Calim. Pues ya el caballo está pronto,
y aquí Calimaco. *Esteb.* Puesto
que estarán desprevenidos
del arrojo que emprendemos,
libremos carga y caballo
á pesar de todos ellos.
Calim. Yo en encontrarme apretado,
lo suelto todo, y reniego. *ap.*
Esteb. Tú con el caballo y carga
salte ya, y dame primero
los dos trabucos, tu capa,
y da la mia á Romero.
Romer. Notable valor te asiste!
Calim. Aquí están ya.
Saca los trabucos y capas.
Esteb. Pues al encuentro:
ve delante, que nosotros
de escolta te servirémos.
Calim. Dios ponga tiento en mis manos,
porque ya han perdido el tiento. *Vase.*
Esteb. Ven, Romero, y no te pasme
todo el poder del Infierno.
Romer. El corazon de Francisco *ap.*
me tiene, por Dios, suspenso. *Vanse.*
Sale el Gobernador de Cartagena con la Ronda de Guardas, todos con trabucos y pistolas.
Gobern. Supuesto que esta es la calle
donde está la casa, y puesto
que por todas las esquinas
cogido el paso tenemos,
por donde librarse pueda
este, que al Murciano Reyno
pasmado tiene, y tres muertes
esta misma tarde ha hecho,
resistiéndose al valor
de mis Ministros, yo quiero
ver si Estéban esta vez
se libra de mi ardimiento.
Guard. 1. Dos compañeros le asisten,
y de ellos, el uno es cierto,
que no le debe á Francisco
nada en corage y esfuerzo.
Gobern. Muy bien, los tres camaradas
tendrán un castigo mesmo.
Guard. 1. Vaya Usía con cuidado,
que como no se dén presos,
y tome Estéban las armas,
es cada tiro un acierto.
Gobern. No importa, que yo::-
Dentro Calimaco. Señores,
por San Simon Cirineo
me dexen, que soy un pobre,
que busco así mi remedio.
Dentro uno. Venga vuesarced, que aquí
está para darle el premio
el señor Gobernador.
Dentro otro. Venga, venga.
Gobern. Qué es aquello?
andad, miradlo.
Guardas. Ya vamos. *Vanse.*
Gobern. Y dadme noticia luego:
todo quanto tengo diera
por prender este soberbio,
espanto de Cartagena,
que campa por su respeto.
Sacan á Calimaco preso.
Guard. 1. Venga aquí, no se resista;
hallado han los compañeros
á este hombre con una carga
de tabaco de hoja. *Gobern.* Bueno;
y de quién es? porque no
tiene traza de ser vuestro.
Calim. Es, señor, de ese valiente
Francisco Estéban.
Gobern. Me alegro,
aunque mejor que á la carga,
coger celebrara al dueño;
y ahora por defraudador
vaya á la cárcel. *Calim.* San Telmo!
Señor, que si yo, si Usía::-
Guard. 2. Ea, venga.

Sa-

Salen al encuentro Estéban y Romero.

Esteb. Pues qué es esto,
Calamico, qué te pasa
con aquêstos Caballeros?
Calim. Que el caballo se afufó,
y yo dí en el prendimiento.
Esteb. Y por órden de quien es
la prision? Señores, quedo,
que si es gana de saltar,
todos, por Dios, la tenemos.
Gobern. Y quién es ese alentado,
que tan zayno y tan soberbio
averigua lo que pasa?
Esteb. Señor, un servidor vuestro:
Francisco Estéban me llamo,
y así cortesmente os ruego,
que ese pobre vaya libre,
y el caballo aquí al momento
con la carga se me entregue,
que es mi hacienda, y yo no puedo
perderla. *Gobern.* Pues señor mio,
porque usted vea, que quiero
darles á esas arrogancias
el merecido escarmiento,
prendedlos á entrambos.
Esteb. Lindo.
Gobern. Pues en qué os deteneis?
Esteb. Bueno,
me he de dar yo preso, quando
por una libertad vengo?
no puede ser. *Gobern.* Cómo no?
Esteb. Hay mucho que hablar en eso.
Gobern. No hay mas, sino ser las vidas
satisfaccion del exceso.
Esteb. Mire Usía, que Francisco
Estéban es muy atento,
y que con esto mi vida
paso con algun consuelo,
y sentiré::- *Gobern.* No replique,
rinda las armas, ó á ellos.
Esteb. Pues las armas no se rinden
sino á balazos y á truenos.
Gobern. Mueran, pues que se resisten.
Esteb. y Rom. Caro os ha de estar primero.
Gobern. Qué tenga tanta osadía!

Entranse disparando tiros y acuchillándose, y queda Calimaco.

Romer. Francisco, aquí.
Esteb. Aquí, Romero.
Calim. Señores, yo soy de azogue,
que me escurro entre los dedos?
Que hayan dado en no hacer caso
de mí, y que me dexen suelto!
mas por aquí::-
Dentro uno. Confesion.
Dent. otro. Confesion, válgame el Cielo.
Calim. Qué zumbido hacen las balas,
y yo qué miedo que tengo!
Ay de mí, que en esta esquina
las narices me he deshecho!
mas mi ratonera sea
aqueste caseron viejo.

Retírase, y sale Romero con la espada desnuda.

Romer. Con el confuso embarazo
de la noche, loco y ciego,
de Francisco me he apartado,
por acuchillar soberbio
quantos fuéron á mis iras
triste lamentable objeto:
por esta calle se escucha
de armas y voces estruendo;
voy á buscarle, aunque pierda
en su defensa mi aliento. *Vase.*
Calim. Ah buen hijo! á fe, que yo,
que no voy en esos cuentos,
tendré el pellejo seguro:
yo pendencias? vade retro.

Dentro Estéban.

Esteb. Aunque tantos darme muerte
quereis, será vano intento,
que aunque sin armas, prenderme
no podréis.

Sale Estéban sin armas, ni capa ni sombrero, retirándose, y uno con un trabuco á sus pechos, y toda la ronda.

Uno. Ríndete luego,
ó suelto el gatillo. *Esteb.* Suelta,
porque ántes muerto, que preso.
Goben. No has de poder ya librarte:
tente, Estéban.
Esteb. Ya me tengo:
Que me faltasen las armas
(ó pese á mí) al mejor tiempo!
Gobern. Vive Dios, que en su castigo
he

he de dar al mundo exemplo:
maniatadle.

Sale Romero montando el trabuco.

Romero. Aqueso no,
que estoy aquí, y le defiendo.

Gobern. Cómo contra tantos?

Romer. Cómo?

Dispara, y saca la espada, y acuchilla á todos.

primero así, y así luego:
líbrate, Francisco Estéban.

Toma Estéban el trabuco, y con él riñe, y se retiran los Guardas.

Esteb. Con tu defensa bien puedo.

Los dos. Fuera, cobardes.

Calim. Qué lindo!
libré otra vez mi pellejo
del lago de los Leones:
á fé, que esta es la del diestro:
mas al escondite. *Entrase.*

Sale el Gobernador.

Gobern. Todos
me han dexado en el empeño;
y así, ya que no consigo
mi venganza y su escarmiento,
caballo y carga se queda,
ya le he cortado los vuelos. *Vase.*

Salen Francisco y Romero.

Esteb. Los brazos la paga sean
de tu fineza.

Romer. No es tiempo
de conversacion ahora;
y así, Francisco, qué harémos?

Esteb. Entrarnos en las Galeras,
y al Quatralvo todo el cuento
decirle, y que lo remedie.

Romer. Otro remedio no encuentro,
sino el que dices.

Sale Calimaco.

Calim. Yo, sí.

Los dos. Quál es? *Calim.* Perderlo.

Los dos. Perderlo?

Esteb. Qué ha de decir de mí el mundo,
si carga y caballo pierdo?
Al Puerto, que ya amanece.

Romer. Al negocio, compañero.

Calim. Vamos, Estéban, al punto:
yo te afirmo por mi abuelo,
que pues sales de esta noche,
tambien saldrás del Infierno. *Vanse.*

Salen Margarita, Dama, y Juana, Criada, con mantos.

Marg. Déxame, Juana.

Juana Dónde, Margarita,
tu instable frenesí te precipita?
A qué fin tan resuelta tu hermosura,
rompiendo del recato la clausura,
por la Ciudad te sales, loca tanto?

Marg. A ser, Juana, de Málaga el espanto;
á hacer demostracion de mi belleza
con el brio, el donayre y la agudeza:
hoy he de sér aquí, porque te asombres,
escándalo amoroso de los hombres.

Juana. Ayer gozosas con feliz estrella
á Málaga llegamos de Marbella,
donde nos dió mansion acomodada
la calle de San Juan una posada:
y hoy, sin q̃ en tu crueldad melindres haya,
resuelta corres la Ciudad y Playa,
y en sosiego reprime ese denuedo,
suspende tu intencion.

Marg. Juana, no puedo,
esta es mi estrella, y este mi destino,
y hoy hechizo de Vénus, determino
con resueltas licencias,
ser ocasion de duelos y pendencias,
pues solo en esto el timbre se asegura
de la muger que campa de hermosura.

Juana. Bien la fineza pagas de un amante,
que se mira tu idólatra constante:
posible es, di, que el despreciar te alegra
la fe de tu querido Bocanegra?
ese alentado de valor y fama,
de quien has sido tanto tiempo Dama?

Marg. Qué ignorante que eres!
Quándo hallaste firmeza en las mugeres?
solo me espanta, q̃ haya hombre méguado,
que satisfecho viva y confiado
en alguna muger, pues que no extraña,
que quanto mas pondera, mas le engaña,
y ha de quedar al fin, por su desvío,
tan bien pagado como queda el mio.

Juana. Sí, pero yo rezelo,
que si alcânza á saber por su desvelo,
que á Málaga venimos, Margarita,
te ha de venir á hacer una visita:

y qué visita!

Marg. Juana, ya me enfadas.

Juana. Visita de muy lindas bofetadas,
que las mereces, niña, como un oro.

Mar. Miren qué conveniencia ó q̃ tesoro
me daba el tal menguado!
No está dexado ya? pues bien dexado;
mas si mal no distingo, allí parece,
que á mis designios ocasion le ofrece,
por modos lisonjeros,
un corro de bizarros Caballeros:
quédate aquí, que yo para obligarlos,
cerca de ellos pasándo, he de admirarlos,
y ya te llamaré quando se ofrezca. *Vas.*

Juan. Anda con Dios adonde te parezca.
Señores, habráse visto
muger tan loca como esta
despues de la Caba acá?
yo estoy pasmada de verla;
pero qué ocasion tendrá
para volver tan apriesa,
sin que haya llegado al corro
adonde se fué resuelta?

Sale Margarita.

Marg. Juana, sígueme: qué angustia!

Juana. Qué tienes, muger? espera.

Marg. Ay de mí! que::- pero huyamos:
ven, Juana, no te detengas,
que he visto::-

Juana. A quién?

Marg. Quién ser puede
que me asombre? á Bocanegra.

Juana. Si? pues buena la habemos hecho:
no lo dixe yo?

Marg. Ay, que llega!
tírate el manto.

Juana. La manta
tiró el diablo á la hora de esta.

Sale Bocanegra á lo valiente muy galan, con espada, y queda al paño.

Bocan. O es que mi furor y enojo
esta confusion fomenta,
ó es aquella Margarita,
que se recata: si es ella?
no, que mi dicha no es tanta,
que hallarla tan presto pueda.
Sí, porque tan repetidas
no pueden mentir las señas;
y pues la duda me irrita,
salir de la duda es fuerza. *Llega.*
Mal los funestos celages,
mal las engañosas negras
condensadas nubes pueden
del mas luciente Planeta
deslucir rayos que forja,
embozar luces que flecha,
si han de quedar afrentadas
despues de verse deshechas:
para aclararse mis dudas *ap.*
me valgo de esta cautela:
y así, descubrid, señora,
de vuestro rostro::-

Marg. Qué pena!

Bocan. Los nacarados reflexos,
á quien idólatra espera
en el jardin de sus ansias
ser de su víctima ofrenda:
no os merezco esta fortuna?
pues á lo ménos la lengua,
ya que mi pasion no admita,
intímeme la sentencia.

Mar. Qué he de hacer, quando este hõbre
á descubrirme se empeña? *ap.*
Irme de aquí no me sirve;
callar, ménos me aprovecha:
pues quiero ver si mi dicha
consigo de esta manera.
Caballero, yo os estimo
la cortesanía vuestra,
mas algun inconveniente
(que no es menester refiera)
no me permite otorgaros
lo que pedis; y así es fuerza
que no me sigais, porque
me haréis con seguirme ofensa:
quedaos pues.

Bocan. Cierta es mi duda, *ap.*
pero á mis instancias vuelva.
Nunca he oido, que tirana
ser deidad alguna pueda,
y en vos lo admiro, pues veo
tanto rigor y extrañeza.

Marg. Ya os he dicho, Caballero,
que me dexeis.

Bocan. Cómo, fiera,
quieres que mi ceguedad

te dexe? Traidora, piensas,
que por mas que con el manto
ocultarte de mí quieras,
lo has de conseguir?
Marg. Ay triste!
Bocan. Ya te conoció mi pena:
y pues tan mal has pagado
mis amorosas finezas,
vive Dios, que á hacer me obligas,
que infame escarmiento seas
tú de ti propia.
Marg. Cobarde, *Descúbrese.*
hombre vil, pues quien emplea
sus vengativos enojos
en una muger, ya lleva
el sobrescrito en el rostro
de su infamia y su vileza:
qué me quieres? déxame,
porque si tirano intentas
executar riguroso
seña en mí de tus violencias,
con mi enojo, con mis ansias,
yo propia::-
Bocan. Deten la lengua:
Dime, muger alevosa,
qué te faltaba en Marbella,
asistida de mi amor,
serviad de mi fineza?
No tuviste en mi persona
un freno, un rayo, una rienda
para qualquiera que osado
á tu decoro ofendiera?
No fuiste dueño absoluto
de aquellas pobres preseas,
que adquiriéron mis fatigas
por caminos y veredas,
á costa de los peligros,
â que valiente se empeña
quien contra Guardas y Rondas
le da despacho á su hacienda?
Viste en mí mudanza alguna?
pues por qué falsa me dexas,
y me obligas á seguirte,
haciendo norte á mis penas?
Marg. Porque tengo un alvedrío
libre, y nadie en él impera.
Bocan. Vive Dios, que á darte muerte
me ha obligado tu respuesta;
y así este acero::-
Pónese en medio Juana.
Juana. Ay, amiga,
líbrate de su fiereza:
huye. *Marg.* Ay infeliz! los Cielos
me valgan. *Vase.*
Bocan. Traidora, espera. *Vase.*
Juana. Cumplióse mi profecía
en esta muger, pues ella
por su gusto se ha buscado
las iras de su tragedia.
Ya medrosa por la calle
huye de él; ya á asirla llega;
ya el brazo levanta airado;
mas con brio y gentileza
un alentado mancebo
ha hallado que la defienda:
ya los dos sacan la espada,
ya están vibrando centellas:
qué valor! ya hácia esta parte
acuchillándose llegan.
Qué desgracia!
Salen riñendo Estéban y Bocanegra.
Bocan. Hombre ú demonio,
que así contra mí te arrestas,
cómo no temas mi enojo?
Esteb. Porque soy rayo, que flechan
las esferas rigurosas,
fulminando en mil centellas.
Bocan. Pues yo he de ver si á ese rayo
hay castigo. *Esteb.* No lo creas.
Boc. Valor tienes. *Esteb.* No te falta.
Boc. Bien te portas. *Esteb.* Bien peleas.
Bocan. Pero herido estoy, aguarda,
que los hombres de tus prendas
no admiten ventaja.
Esteb. Siento
que tú la hazaña me adviertas
con que he de aplaudirme: un lienzo
átate, y vuelve á la empresa:
que si saber de la Dama
donde queda te desvela,
un criado mio la asiste,
él me dará de ella cuenta.
Bocan. Eso es decirme, que tú
sacas la cara por ella
en todo y por todo? *Esteb.* Sí,
que si es tu Dama, y te dexa,
quien

quien la libra de ti ; mira
en qué obligacion se empeña.
Bocan. Vive Dios, que mas me irritan
los zelos, que las ofensas;
y así te daré la muerte.
Esteb. No es mala la diligencia,
que tu cólera está haciendo; *Riñen.*
pero soy Francisco Estéban.
Bocan. Segunda vez me has herido.
Esteb. Y te heriré las que quiera.
Bocan. Pues si tienes tal dominio
en mi fortuna, y mi empresa
me impides, siendo el motivo
una traidora Sirena,
para qué el duelo prosigo?
Tú has vencido ; pero piensa,
que Francisco Estéban solo
hirió y venció á Bocanegra. *Vase.*
Esteb. Aunque fueras el demonio,
lo que he hecho contigo hiciera.
Yo la vida he de perder,
ó he de vengar mis ofensas,
y hasta lograrlo, valor,
zelos y agravios, paciencia.
Pero quién será esta Dama,
que presente á la contienda
ha estado ? Quién sois, señora?
Juana. Una servidora vuestra,
y de la que habeis librado
de ese hombre compañera.
Salen Margarita y Calimaco.
Esteb. Pues ya aquí con mi criado
llega, ya en salvo estais puesta;
y pues la fortuna mia
me ha servido de tercera,
para serviros es justo,
que halle en vos::-
Marg. Francisco Estéban,
ya que tu nombe ha sabido
mi agradecida advertencia,
tan obligada tu brio
me ha dexado, que por deuda
tu esclava soy; y así debes
reconocer tu fineza.
Esteb. Ay señora ! en un Xaveque
llegué desde Cartagena
á Málaga, y he dexado
la casaca de Galera;
no tengo mas mayorazgo,
que mi osadía, pues ella,
con el contrabando solo,
me viste, asiste y sustenta;
y si mi empleo has de ser,
no temas guapos, ni temas
que te falte cosa alguna;
pero cuenta con la cuenta,
niña, que no soy hombre,
que sufriré morisquetas.
Calim. Algun demonio te trae
tan á mano las pendencias:
si en Cartagena te hallabas
conmigo un instante apénas,
cómo ya en Málaga riñes?
Esteb. Quando lo pida la urgencia,
estas y otras objeciones
la necesidad dispensa;
y pues apénas he puesto
las plantas en ella, llega
la fortuna á convidarme
con tan honradas empresas,
Calimaco, qué he de hacer?
fuerza es seguir á mi estrella.
Calim. Pues ya tan á poca costa
la fortuna me remedia
con una Dayfa, que puede
ser de aqueste tronco yedra,
manos á la obra, y salgamos
cada loco con su tema.
Juana. Y es su nombre?
Calim. Calimaco.
Juana. Y creo que es buena pieza:
Yo me llamo Juana. *Calim.* Juana?
qué dulce nombre ! *Juan.* Es jaléa.
Esteb. Ea, Calimaco, busca
con la mayor diligencia
dos caballos, que á Granada
partir esta tarde es fuerza.
Calim. Dime, hombre, con qué dinero?
Esteb. No llevo yo aquí la letra,
que en Cartagena me diéron
(por haber corrido venta)
del importe del caballo
y carga, que su Excelencia
el señor Quatralvo al punto
mandó darme ? qué rezelas,
y mas viniendo conmigo?

Calim. Y qué á Granada te lleva?
dilo. *Esteb.* El reñir con un guapo,
que llaman de Santaella,
el temeron mas soberbio,
que conocen estas tierras,
y haré lo mismo que con
el compadre Bocanegra:
ven, niña, que eres empeño
del asombro de Lucena.
Marg. Ya voy contigo, Francisco,
tuya es la flor de Marbella. *Vanse.*
Calim. Juana, ven (pues Calimaco
es jaque de esa belleza)
donde celebre la fama
al guapo Francisco Estében.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Francisco Estéban, Romero y Calimaco á lo Andaluz, con capas.

Esteb. Aquí, donde el mormullo silencioso
de un líquido raudal, que presuroso,
sangría de cristal, sierpe de plata,
espejo de las flores se desata,
despues que por el prado se distrae,
con sus dulces arrullos nos atrae::-
Rom. Aquí, donde elevado en ramas bellas,
qual vegetable alfombra, á las Estrellas,
con su verdor copado,
de la yedra amorosa coronado,
nos ofrece, sentados en su falda,
el álamo doseles de esmeralda::-
Calim. Aquí, donde el ribazo
servir puede de catre á mi espinazo,
pues de un trotó, de quien ginete ha sido,
no puedo menearme de molido::-
Esteb. Miéntras la sombra de la noche fria
es fixo norte á la esperanza mia::-
Rom. En tanto q̃ la accion, q̃ intentas ciega,
la ocasion y hora acomodada llega::-
Calim. Miéntras que los caballos fatigados,
locos de un tróco son, á un tróco atados::-
Esteb. Oye, Romero, en bien formado acéto,
de mi designio el valeroso intento.
Romer. Dime, Estéban, el fin de tu cuidado,
pues á asistirte estoy determinado.
Calim. Vaya de cuento ya, pues sin sabello,
pendientes dos estamos de un cabello.
Est. Y pues mis iras á un arrojo os llevan,
entrambos me escuchad.
Los dos. Prosigue, Estéban.
Esteb. Ya sabeis, que de Granada
me ausenté, porque una tarde,
cuerpo á cuerpo en desafío,
le dí la muerte arrogante
al guapo de Santaella;
y la Justicia, en mi alcance
determinada, dispuso
mis arrojos procesarme.
Y que la infiel Margarita,
que de Málaga me traxe,
al primer dia pagó
la fineza con dexarme.
Que pasé á la Corte, en donde
fuí admiracion de los jaques,
acreditándome en ella
seis desafíos campales.
Que volví alegre á Lucena,
y á mi siempre amado padre
consolé con socorrerle
urgentes necesidades.
Romer. Sé, que pasaste á Jaen,
donde el hado favorable
les dió á tus heroycas prendas
digna esposa, en quien hallaste,
en el valor una Pálas,
en brio y belleza un Angel,
una Juno en la nobleza,
y una Minerva en el arte
de su discrecion, que todo
en Doña Josepha cabe.
Calim. Y que allí á un cierto garduño
de estos Aguilas rapantes,
porque te tomaba el tiento
de tus faldriqueras sacre,
dentro las carnicerías
le dixiste: Amigo, tate,
si busca moneda, tome;
y sin encolerizarte,
con la lengua del rejon
el menudo le sacaste.
Esteb. Que tuve con la Justicia
varios y fuertes debates,
quedando siempre mi esfuerzo
gloriosamente triunfante,

siendo la sal y el tabaco
mi manutencion, porque ántes
perdiera ayroso la vida,
que quitarle nada á nadie.
Que á Jaen dexé::-
Romer. Y que á Cabra,
noble Villa, te pasaste,
donde proseguiste el logro
de tu vida en los afanes
del contrabando, con otros
que te asistian leales.
Calim. Que te arrojaste á la casa
del Arrendador de Cádiz,
y te cobraste valiente
el importe (arresto grande!)
de once cargas de tabaco
y sus caballos, que él ántes
te quitó y vendió, y tomamos
para Lucena el viage.
Esteb. Que intentó en Puerto Real
mi camino embarazarme
su Arrendador. *Romer.* Y que tú
la fineza le pagaste
con dos pelotas, entrando
en su aposento hasta el catre.
Calim. Que en el camino un Ventero,
descortes y miserable,
no sé qué maravedises,
que faltabas á pagarle,
por no tenerlos, pidió,
y que tú, porque callase,
con un trabucazo solo
le diste en el pecho un cabe.
Esteb. Pues si sabeis tan por puntos
mis hazañas tan notables,
mis arrojos tan soberbios,
mis demasías tan grandes,
escuchad la que esta noche
intento, porque si salen
mis designios tan briosos
y lucidos, como saben,
no tendrá para aplaudirme
la fama clarin bastante.
Cansado pues de vivir
en desgracia lamentable
del que como á Rey venero,
y á quien deben consagrarse,
por mas superior Monarca,
Mundos, Regiones y Mares,
víctimas humildes todos
de su furia incontrastable,
solicité de mi indulto
la ventura grangearme,
viendo que Diego Ruiz
mi amigo, con sus parciales,
en Granada lo alcanzaba;
pero aumentó mis pesares
ver, que el señor Presidente
de la Sala, en esta parte
no solo no me consuela,
pero ciego en su dictámen,
ha ofrecido cien escudos
á quien me prenda ó me mate;
y estoy corrido de que
con tan poco premio pague
accion, que aun de imaginarla
pusiera terror á Marte.
Este rigor tan injusto,
este desprecio tan grande,
tan insufrible esta pena,
y este tan duro desayre,
ha originado en mi pecho
tales iras y bolcanes,
tal incendio, tal enojo,
que á poder comunicarse,
era para consumirse
el mundo materia frágil.
Y porque admiracion ponga
en los futuros Anales
este corazon valiente
con sus hechos memorables,
esta noche, amigos mios,
veré á Don Pablo Diamante,
dignísimo honor Togado,
Jurisconsulto tan grande,
que de Justiniano él solo
supo agotar los raudales,
tanto, que de Presidente
le dió el mérito el realce
en la Real Sala, por si
humilde, cortes y afable
bocalmente le merezco
dicha tan imponderable;
y si no, he de hacer al mundo
testigo::- pero esto baste,
que hace menor el arrojo

dar-

darle los aplausos ántes.
Para esto os traigo á Granada,
no para que me acompañe
vuestro valor en el riesgo,
sino para que este lance
se disponga de tal suerte,
que al valor ayude el arte.
Tú, Romero, prevenido
has de estar en los umbrales
de la casa, y á qualquiera
que entrar quiera, desviarle
con alguna estratagema,
porque es el caso importante,
y á mis intentos forzoso,
que alboroto no se cause,
que yo allá dentro sabré
vencer las dificultades.
Tú, Calimaco, tendrás
los caballos en la calle
prevenidos; y pues ya
el negro opaco celage
de la noche nos anima,
ántes que se haga mas tarde,
vamos, que hoy Francisco Estéban,
para que el Orbe se pasme,
ha de ser de sus procesos
Reo, Juez, Perdon y Parte,
pues ha de aterrar al mundo,
ó ha de lograr que se rasguen.

Romer. Francisco, las ocasiones
repetidas demostrarte
habrán podido, sin duda,
contigo mis lealtades:
aunque desde aquella noche
de Cartagena emplearme
no he logrado en tu servicio;
porque como te pasaste
á Málaga, y yo despues,
dexando el Militar trage,
me fuí á la Patria, en nada
te he servido: mas que mandes
te pido á mi heroyco brio
los imposibles mas grandes,
que con exponer mi vida
cumplo como fiel Acates.

Esteb. La satisfaccion que tengo
de tu valor, me persuade
á valerme de ti solo;
y pues de la suerte es madre
la diligencia, á la obra.

Calim. A la vela tocan.

Esteb. No es tarde;
tú ya quedas advertido, *A Calimaco.*
nosotros vamos delante.

Calim. Pues andad, que yo me quedo
á remojar el gaznate. *Vase.*

Romer. Arresto notable emprendes!

Esteb. Tengo de cólera un aspid,
que por el centro del alma
todo su veneno esparce.

Romer. Este es el campo del triunfo,
donde se mira brillante
de antorchas mil adornada
la Serenísima Madre
de pecadores. *Esteb.* No dista
de aquí muy léjos la calle:
lo que te encargo es, que á todos
los que á la casa llegaren,
digas, que el señor Don Pablo
indispuesto está, y que llamen
no permitas. *Entran y salen.*

Romer. Mi cuidado
verás si te satisface.

Esteb. Pues esta es la casa. *Rom.* Dónde
me quedaré? *Esteb.* En esta parte,
y á Dios, hasta que glorioso
de arrojo tan grande baxe.

Rom El Cielo, Estéban, te asista. *Vase.*

Esteb. Con él queda: en los umbrales
estoy ya, y para acertarlo,
la puerta que da á la calle
cierro, y en el porton llamo:
ha de casa. *Dentro un Page.*

Page. Quién es? *Esteb.* Abre, niño.

Page. Hidalgo, á quién busca? *Sale.*

Esteb. A tu señor; y así dale
recado, de que le busca,
para la mano besarle,
Francisco Estéban. *Page.* Ya voy,
espere. *Entrase.*

Esteb. Muy bien: ya el Page
le dió el recado, y Don Pablo
Mirando adentro.
discursivo y vigilante
sa ha quedado, y de confuso,
lo que responder no sabe:

que

que suba, si no me engaño,
manda: seguro es el lance.
Page. Entrad, Hidalgo. *Esteb.* El postigo
cierro, y me llevo la llave. *Vase.*
Descúbrese sentado á una mesa con libros y papeles á Don Pablo el Presidente, y dos luces.
Juez. Suspenso el caso me tiene!
un hombre con causas tales,
tan arrojado en mi casa
entrar! qué podrá obligarle?
Vive Dios, que á no ser yo
quien soy, temiera cobarde
exceso alguno: mas no,
mi respeto ha de enfrenarle,
hasta que vengan por mí
los Ministsos: qué ignorante!
pues á su propio castigo
sus mismas culpas lo traen:
no entra ya? *Sale Estéban.*
Esteb. A tus pies, señor,
puesto está, ya de humildades
colmado, Francisco Estéban.
Juez. Siéntate, Estéban. *Esteb.* No cabe,
que mi cortedad honrada,
señor, de mercedes tales
se vea: en pie estoy mas bien.
Juez. No basta que te lo mande
yo? tu cortesía estimo:
siéntate pues. *Esteb.* Señor, baste;
perdonad, que de respeto
esta inobediencia nace. *Siéntase.*
Juez. Tú eres ese horror y susto
de España? ese formidable
terror de la Andalucía?
Tú el que sustanciadas tales
causas tienes, que componen
este volúmen tan grave,
que aquí miras fulminado?
Esteb. Yo soy, y es bien que me llame
tan solo Francisco Estéban,
y nada mas. *Juez.* Tienes padre?
Esteb. Todavía de sus canas,
siempre á mi amor venerables,
el dulce paterno afecto
mis obediencias aplauden:
Galicia le dió en la cuna,
aunque humilde, limpia sangre,
Juez. Y madre? *Esteb.* Ya de la parca
al rigor inexcusable
pagó el tributo funesto,
cortando el vital estambre.
Juez. Eres soltero? *Esteb.* De amor
esclavitudes galantes
padeciendo de Himeneo,
logro las felicidades
con una muger, de quien
las prendas, por estimables,
merecen de un Poderoso
mas vanaglorioso engarce:
Doña Josepha se llama,
y en Jaen, su Patria, honrarme
quiso con su hermosa mano
mis méritos desiguales;
una hija tengo, de tres
hermanos acompañarme
dichosamente me veo;
mi edad, no cuenta cabales
los treinta y tres años: estos,
mi valor, mi esposa, padre,
hija, hermanos, ser y aplauso
(no lo digo de cobarde)
en vuestro debido obsequio
víctimas humildes yacen.
Juez. Pues un hombre tan cortes,
tan garboso, tan afable,
tan valiente, bien hablado,
de buen rostro, lindo talle,
vive tan encenagado
en delitos y maldades,
sin temer justos enojos
de un Monarca, de quien lame
las magestuosas plantas
el coronado del valle,
de quien retratos se miran
los Ministros vigilantes;
y lo que es mas, de una espada
justiciera, que en el grande
Brazo Supremo de Dios
resplandece incontrastable?
Que no vengan los Ministros *ap.*
para rondar, y es tan tarde?
Esteb Mi estrella, señor::-
Juez. Francisco,
ya será justo que atajes
tus desenfrenados pasos;

y así, mi amor te persuade,
que quien tan perdidamente
de un peligro en otro cae,
fuerza será, que á una bala
ó á un triste suplicio acabe.

Esteb. Vive Dios, si mal no pienso, *ap.*
que con preámbulos tales,
el señor Don Pablo intenta
este rato embelesarme,
miéntras que llega la Ronda,
y me prenda; pues mas vale
vomitar todo el veneno,
y salte por donde salte.
Señor, siempre me he preciado
de hablar claro, y quanto ántes
en qualquiera cosa que
disponga, emprenda ó trace;
mis delitos no los niego,
supongo mis crueldades,
mis travesuras confieso,
y al caso voy, escuchadme:
Yo sé, que Diego Ruiz
y los suyos indultarse,
por la proteccion de Usía,
han logrado, bien se sabe,
y que es solo el infeliz,
indigno de este realce,
el pobre Francisco Estéban,
y sobre esto se me añaden
cien escudos, que son talla
para que logren matarme
ó prenderme: Ea, señor,
usad de vuestras piedades,
deponed tantos enojos,
templadles, señor, templadles,
y esas rigurosas letras,
ese volúmen tan grande
de mis procesos, hoy sean
breves átomos del ayre.
Yo, señor, á esto he venido,
no soberbio ni arrogante,
cortes y rendido sí,
por ver si alguna vez valen
las súplicas por humildes,
mas que las atrocidades:
que si esta fineza os debo,
ofrezco tanto enmendarme,
que el que lo fué de soberbias,
hoy sea exemplo de humildades;
y finalmente, seré
un can de vuestros umbrales,
que esclavitudes tribute
de obedientes lealtades,
si mis causas y procesos
logro, señor, que se rasguen.

Juez. Rasgar, Francisco? qué dices?
pues te parece tan fácil?

Esteb. Si señor, Vueseñoría
puede hacerlo y consolarme.

Juez. Eso es imposible, Esteban.

Esteb. No puede ser?

Juez. No te canses.

Esteb. Pues ya yo estoy arrestado,
señor Don Pablo Diamante,
y no he de quedar (entiendo)
sin alivio y con desayre.

Juez. Vive Dios, que está resuelto: *ap.*
mira, Estéban::- *Esteb.* Es en valde.

Juez. Que tus locuras::-

Esteb. Son muchas.

Juez Tus travesuras::-

Esteb. Son grandes.

Juez Y yo::-

Esteb Quien hacerlo puede.

Juez Lo que no cabe::-

Esteb. Bien cabe.

Juez. En la razon::-

Esteb. Qué razon,
si nada de eso aquí vale?
no vé Usía quán humilde
lo suplico? *Juez.* Fuerte lance!
Ola, Juan, Pedro, muchachos.

Criad. Señor. *Dentro un Criado.*

Esteb. Usía no llame
los criados, que no sirven
(donde Usía está) á templarme.

Sale un Criado.

Criad. Qué manda Usía?

Juez. Ya, nada.

Esteb. No son menester Zagales,
que yo tambien sé servir.

Juez. Entraos dentro.

Criad. Al instante. *Vase.*

Esteb. Ea pues, qué duda Usía,
si lo ha de hacer por remate?

Juez. Ya es fuerza hacer lo que pide, *ap.*
pues

pues tanto ofrece enmenodarse:
Francisco, para que veas
lo que te estimo, y repares
la fineza que me debes,
una palabra has de darme.
Esteb. Señor, pida Usía, pida,
y no tema que yo falte.
Juez. Pues ha de ser, que tu vida
moderes, y que no andes
tan desenfrenadamente
dando gusto á tu dictámen;
porque si segunda vez
tropiezas, no habrá::-
Esteb. No pase
en esta materia ya
Vueseñoría adelante,
pues todo quanto me pide
está concedido ántes.
Juez. Pues en fe de ese seguro,
quieres mas? *Los rompe.*
Esteb. Solo arrojarme
á besar las nobles plantas,
de quien merece que en jaspes
esculpan sus atenciones
merced tan imponderable.
Juez. Y qué armas llevas, Francisco?
Esteb. Quatro pistolas, que valen
qualesquier precio: estas son,
señor, y si satisfacen
á Vueseñoría, de ellas
servirse puede al instante.
Juez. Por ser tuyas las admito;
y porque el favor te pague,
mira si estas escopetas
son de tu gusto.
Dale dos carabinas que están en la silla.
Esteb. Son tales,
que en un Príncipe con ellas
puede el manejo emplearse.
Juez. Sírvete de ellas. *Esteb.* Señor::-
Juez. Yo gusto de ello.
Esteb. Pues baste.
Juez. Y pues has sido esta noche
huésped mio, y visitarme
has querido, este agasajo
es justo recompensarte:
Ola, muchachos, la cena.
Esteb. Pues, señor, licencia dadme,
porque::- *Juez.* Dónde vas? espera.
Esteb. Qué mas hay, señor, que aguarde?
Juez. Qué? que has de cenar conmigo,
no te vayas. *Esteb.* Tanto honrarme!
Sacan la mesa.
Criad. Señor, la cena. *Juez.* Qué esperas?
vuelve, Estéban, á sentarte,
y no repliques.
Esteb. En todo *Siéntase.*
fuerza es que obedezca y calle:
porque aunque vengan, en tanto *ap.*
que ceno, ya llegan tarde.
Juez. Con que tú no tienes mas
modo de vivir, que el fraude
y el contrabando? *Esteb.* Señor,
si tengo un anciano padre
que sustentar y mi esposa,
con una hija, y á nadie
jamas le he quitado cosa,
qué he de hacer? harto no hace
quien á costa de peligros,
riesgos, sudores y afanes,
un pedazo de pan busca
al Sol, lluvias, polvo y ayre?
Hágase Vueseñoría
cargo, y será de mi parte.
Juez. Pero siendo esos derechos
del Rey, y es ley que se guarden,
mira el delito que incurre
quien los usurpe y desfraude.
Esteb. No lo ignoro yo.
Juez. La copa:
á tu salud. *Bebe.*
Esteb. Favor grande! *Bebe.*
A la de Usía, que goce
felices eternidades.
Juez. Quitad la mesa, y al punto
una cama aderezadle
á Francisco. *Esteb.* No señor,
que eso ya fuera pasarse
mi humildad á vanagloria,
si ese favor aceptase:
yo tengo un amigo, que
le mandé que me esperase,
y hemos de partir á Cabra
esta noche, ántes que raye
con esperezos de aljófar
el Alba en rubios celages;

y pues no puedo admitirlo,
Usía no me lo mande.
Juez. Si eso es así, y no hay remedio,
no quiero mas empeñarme:
alumbra, niño.
Toma la bugía el Page.
Esteb. Y Usía
adónde va?
Juez. A acompañarte.
Esteb. Eso es querer que me quede.
Juez. Anda, Francisco.
Esteb. No pase
Usía de aquí.
Juez. Esto es forzoso,
y el repugnarme es en valde.
Esteb. Trocóse la ira en agrado: *ap.*
quiera Dios sea durable.
Juez. Admirado, por Dios, quedo *ap.*
de un hombre de acciones tales!
Vanse haciéndose cortesías, y salen Calimaco y Romero de embozo.
Calim. Soy yo Judío por suerte,
ó algun pretendiente soy,
para estar mas de tres horas
esperando de planton,
manteniendo con tres bestias
plática y conversacion?
No ha salido todavía?
Romer. No, Calimaco: y yo estoy
con algun cuidado, pues
ya mas de las doce son,
y así, amigo, hasta que salga
esperemos: mas rumor
de que han abierto la puerta
de la calle se escuchó.
Sale Francisco Estéban.
Romer. Francisco Estéban? amigo?
Esteb. Quién llama? quién es?
Romer. Yo. *Calim.* Y yo.
Esteb. Perdona, amigo Romero,
tan prolixa detencion.
Romer. Servirte en mí no es fatiga:
se logró el fin? *Esteb.* Se logró:
todas mis causas, amigo,
breves desperdicios son:
qué hora será ya?
Romer. Las doce.
Esteb. Las doce?
Calim. Y la media dió.
Esteb. Dónde dexas los caballos?
Calim. En la Posada del Leon.
Esteb. Pues lleva esas escopetas,
y sácalos. *Romer.* De quién son?
Esteb. Regalo del Presidente,
pues gustoso se quedó
con quatro pistolas mias:
llévalas pues.
Calim. Allá voy. *Vase.*
Romer. Pues por qué con él no vamos
hasta el meson? *Esteb.* Porque no
quiero que me vea alguno,
y curioso y hablador,
quando mañana se sepa
mi arrojo, diga que yo
con ayuda de vecinos
he executado la accion:
pero cómo es que á la puerta
nadie llegó? *Romer.* No llegó?
mas de cincuenta Ministros
mi cautela desvió,
diciendo que el Presidente
estaba con un dolor
de cabeza, y no podia
rondar. *Esteb.* Hay chiste mayor!
Romer. Y que un criado, que la puerta
cerraba, me lo avisó.
Esteb. Linda traza!
Romer. Qué aguardamos?
Esteb. Vámonos pues. *Rom.* Vámonos.
Esteb. Pero por estotra calle
llegan con paso veloz
una tropa, y de muger
se percibe algun clamor:
reconocerlos importa.
Dentro Margar. Señores, tanto rigor
con una infeliz muger!
Esteb. Vive Dios, que aquella voz
conozco, y no doy en ella.
Sacan los Ministros á Margarita llorando.
1. Venga á casa del señor
Presidente, la que es causa
de escándalo tan atroz.
Esteb. Pues qué es esto, Caballeros?
1. Quién es el que lo preguntó?
Esteb. Un hombre compadecido
de

de esta infeliz; y por Dios,
que estimaré que consuelo
se le dé al punto. 1. Y á vos
quién con la Justicia os mete?
Esteb. No os digo que compasion?
1. Pues seguid vuestro camino,
ántes que vuestra prision
os premie la buena obra.
Esteb. Cómo seguir? eso no,
soltad la muger. 1. Prendedle.
Esteb. Predme pues, que allá voy.
Se acuchillan los dos contra los Ministr.
1. Ay mi cabeza. 2. Ay mi brazo.
Todos. Huyamos, que es un leon. *Vanse.*
Romer. Idos con ducientos diablos,
pues no quisisteis con Dios.
Marg. El Cielo piadoso os pague
tan generoso favor.
Esteb. Vive Dios, que es Margarita, *ap.*
la que loca me dexó
quando salí de Granada,
ó me ha engañado la voz:
mal haya la obscuridad.
No me diréis, qué ocasion
han tenido los Ministros
de prenderos? *Marg.* Haber dos
hombres en mi propia casa
reñido, y uno feroz
le dió la muerte al contrario
por mi causa, y ál rumor
acudiéron los Ministros,
y por la declaracion
de los vecinos, en mí
exercer su indignacion
intentáron, con llevarme
al Juez Presidente, á no
suspenderlo vuestro esfuerzo:
considerad ahora vos
lo que en mí de mi destino
la desventura causó.
Esteb. Y con qué medio pensais
libraros? *Marg.* Ya aquí el mejor
será salir de Granada
esta noche. *Esteb.* Lo que yo
puedo por vos hacer, solo
será socorreros con
aqueste corto bolsillo, *Dáselo.*
y el Cielo os asista: á Dios.
Marg. No me diréis á quién debo
tan benigna proteccion,
para hacerme esclava vuestra?
Esteb. No; pero os diré, que soy
quien otra vez animoso
en Málaga os defendió;
y porque otra vez no quiere
que pagueis mal su favor,
no quiere empeñar del todo
su heroyco pecho con vos:
ven, amigo.
Romer. El tal Francisco
bien su palabra cumplió. *Vanse.*
Marg. Detente, Estéban, aguarda,
que si te dexó mi error::-
Pero en vano detenerle
intento, pues ya veloz
con el compañero doblan
la calle: mal hice yo
en enojarle, teniendo
certezas de su valor;
pero en qué puede acertar,
quien libre, sin Ley, sin Dios,
obstinada la carrera
sigue de su perdicion?
Y pues::- *Sale Juana alborotada.*
Juana. Válgame San Júdas,
y el gallo de la Pasion!
Marg. Juana?
Juana. Margarita mia?
Marg. Dónde vas?
Juana. Qué me se yo?
huyendo del prendimiento,
que en tu casa se quedó,
y nos buscan.
Marg. Pues qué harémos?
ven.
Juana. Dónde, muger de Dios?
Marg. Ven á ver si en una amiga,
para tanta confusion,
hallarémos esta noche
seguro, hasta que del Sol
los reflexos nos dirijan
á seguridad mayor. *Vanse.*
Sale el Corregidor de Antequera, Benito y Bocanegra á lo valiente.
Correg. A mucho empeño, Benito,
te ofreces.

Benit. Yo estoy, señor,
seguro con mi valor,
y á las obras me remito:
Vueseñoría no ponga,
viendo mi resolucion,
duda en su muerte ó prision,
aunque el Infierno se oponga;
pues aunque centellas lluevan
de su pecho contra el mio,
matar ó prender confío
al guapo Francisco Estéban.
Bocan. Y quando la suerte avara
negara á mi compañero
el desempeño, que espero
de su fuerza heroyca y rara;
yo que le asisto animoso
en tan valiente faccion,
quedo á la satisfaccion
de lance tan orgulloso:
y así, pues Benito es dueño
de esta empresa, yo por él,
compañero leal y fiel,
aseguro el desempeño.
Correg. Dicen pues, que de su brio
tú, Bocanegra, saliste
herido, quando tuviste
con Francisco un desafío:
no es verdad?
Bocan. De ira estoy ciego. *ap.*
Correg. Parece que te ha pesado?
Bocan. Quien ese lance ha contado,
dixo bien, yo no lo niego:
por eso solo en su daño
ya nuevamente me irrito,
y en esta empresa á Benito
con mi valor acompaño;
porque quantos saben, que
me hirió en lid dura y sangrienta,
por desquite de mi afrenta,
sepan como me vengué:
que aunque me quitó su espada
á mi dama al defendella,
tambien burlado sin ella
se quedó luego en Granada.
Correg. Yo pues estoy empeñado
con valerosa porfía,
á quitar de Andalucía
monstruo tan desesperado;
y para que sus excesos
pague, ofrezco de mi hacienda,
á quien le mate ó le prenda
valiente, los dos mil pesos.
Esta es mi resolucion,
para que sepa Antequera,
que soy rayo, hidra y fiera,
y de Albania soy leon;
y pues á vuestra propuesta
permiso doy y seguro,
no deteneros procuro,
la comision es aquesta.
Dales un papel.
Ver quiero de vuestro aliento
el garbo como se porta,
á todos la accion importa,
y es de todos lucimiento,
que aquesa arrogante fiera
sea de mi ardor laurel,
y se rinda al brio del
Corregidor de Antequera:
tomad ya la empresa, amigos.
Benit. Con tan seguro favor,
de mi aliento y mi valor
haré á los Cielos testigos,
y que ha de llegar el dia
confío (y seguro es)
de que ha de besar los pies
Estéban, señor, de Usía.
Correg. Lo que he prometido es cierto,
quiera Dios salgais con bien.
Benit. Yo aseguro el parabien
de entregarle vivo ó muerto.
Bocan. Y este arresto, que por hecho,
Benito Velasco fia,
le ofrezco á Vueseñoría
la osadía de mi pecho.
Correg. Bien es que mi enojo aguarde
el logro que solicito.
Bocan. y Benit. De Bocanegra y Benito
lo asegurad. *Vanse.*
Correg. Dios os guarde.
Qué se ha de decir de mí,
que remiso y sin cuidado
vivo ofendido y burlado
de quien no maté ó prendí?
Quiero, miéntras que á rondar
viene el Alcalde y su gente, *Siéntase.*

reconocer diligente
causas que he de adelantar:
porque el que á su obligacion
quiere dar el cumplimiento,
debe advertido y atento
obrar con la precaucion.
Esta lista he de mirar
de los presos que::- *Sale un Criado.*
Criado. Señor,
un hombre de algun valor
con Usía quiere hablar,
y que trae algun cuidado
parece.
Correg. Que entre al momento:
dexar el registro intento
hasta haberle despachado.
Sale Francisco Estéban.
Esteb. La noticia deseada
que traigo, señor forzosa,
ha hecho en mí la diligencia
de llegar acá á estas horas:
esta carta y mi seguro *Dásela.*
de la verdad os informan;
ya han preso á Francisco Estéban,
nadie este suceso ignora.
Correg. Qué dices, hombre, qué dices?
Esteb. La verdad digo.
Correg. Ahora, ahora
verá el premio que le aguarda
para su soberbia loca:
siéntate, porque cansado
vendrás.
Esteb. No señor, no importa.
Correg. No te excuses. *Esteb.* Pues señor,
si tanto Usía me honra,
no solo me sentaré,
pero de las armas todas
me desnudaré aquí mismo:
que estas son las armas propias,
que quando á Estéban prendiéron,
le halláron, y mi persona
parece á la de Francisco,
pues con ellas se acomoda.
Vase quitando la capa, charpa y trabuco, y lo va poniendo sobre una mesa.
Correg. No te están mal. *Esteb.* No señor,
bien me sienta qualquier cosa.
Correg. No te falta el desenfado.
Esteb. Lo del despejo me sobra, *Siéntase.*
y mas quando ya los guapos
no tememos la zozobra
de ese pasmo de Lucena,
que á arrogancia nos asombra:
ya nos quiso librar Dios
de un jaque de tanta costa.
Correg. Yo he de dar con su castigo
admirable exemplo á toda
la Andalucía, que cria
víboras tan ponzoñosas:
dos mil pesos ofrecidos
tengo al que osado le ponga
vivo ó muerto en mi presencia.
Esteb. Pues ya puede Usía ahora
ir previniendo el dinero,
que lo que pretende logra. (co.
Dent. Alcald. Abre, Juan, abre, Francis-
Levántase Estebán, y toma el trabuco.
Correg. No te asustes, que es la Ronda,
que por mí viene. *Esteb.* A mí no
me asusta tan poca cosa.
Salen el Alcalde y Ministros.
Alcalde. Señor? *Correg.* Señor?
Alcalde. Buenas noches:
ya me parece que es hora
de dar quatro bueltecillas
por Antequera. *Esteb.* Forzosa *ap.*
es la cautela en un lance,
que vida y fama me importa.
Correg. Vuesarced, señor Alcalde,
se siente, que tengo ahora
una noticia que darle.
Alcalde. Y es buena? *Siéntase.*
Correg. Buena y gustosa:
ya el señor Francisco Estéban
ha dado con su persona
en la jaula, ya está preso.
Alcalde. No lo creo. *Esteb.* Si á esa sola
diligencia yo he venido,
quién hay que en duda lo ponga?
Alcalde. Y vos lo visteis? *Esteb.* Sí ví,
tanto le he visto, que ahora
parece que le estoy viendo.
Alcalde. Qué aspecto tiene? qué forma?
que me le celebran todos
de gallardo. *Esteb.* Mucha cosa;
á mí me falta el estilo,

que si no , hiciera una copia
de sus prendas ; y pues tengo
tan cerca sus armas todas,
al vivo pintarlo quiero:
vaya una pintura pronta.

Estará con el coleto puesto , y se irá vistiendo segun dicen los versos.

Pues de su propio coleto
vestido me miro aquí,
no dude nadie de mí
ser de aquella causa efeto.
A quién no causa respeto *La charpa.*
esta charpa valerosa,
cuya labor primorosa
á mi compostura entrego,
si quatro bocas de fuego
la suponen espantosa?
Sin artificio distinto
otro Estéban me supongo,
quando gallardo me pongo *El cinto.*
pendiente el rejon del cinto:
y pues tan vivo le pinto,
mi brio al suyo se iguala,
su mismo aliento aquí exhala
de mi valor el abismo,
si me adorna como á él mismo
de capotillo la gala. *El capotillo.*
De su gallardía espero
dar señas con la accion mia,
si imito la bizarría
con que se pone el sombrero: *Sombrero:*
en nada , por verdadero
racional bizarro mapa,
de su retrato se escapa
cosa alguna para asombro,
pues como Francisco, al hombro *Capa.*
llevo terciada la capa.
Este basilisco ardiente, *Monta el trabuco.*
este vesubio de plomo
montado y dispueso tomo,
por imitarle valiente:
no es cobardía , que intente
tenerle así , ni accion loca,
pues si el pintarle me toca
tan al vivo , aquí prevengo,
que mal lo haré , si no tengo,
que respirar por la boca.
Y pues tal acierto llevan
los adornos , que le copio,
aquí está presente el propio
brio de Francisco Estéban:
ningunas dudas se atrevan
á mi retrato y razones,
pues talle , brio y acciones,
armas , trage , hablar y hacer,
son , han sido y han de ser
castigo de valadrones.
Y porque á la industria mia
el velo y disfraz se rompa,
yo soy el mismo Francisco,
asombro de España toda:
no me espantan comisiones,
ni los pregones me asombran,
pues si los hombres me temen,
las armas no me zozobran.

Correg. Pues cómo así en mi presencia
te atreves y me provocas?

Esteb. Nadie del puesto se mueva,
ó será la sala Troya:
ya en Granada mis procesos
se rompiéron , y orgullosa
mi bizarría ha sabido,
que dos mil pesos apronta
Useñoría á qualquiera,
que me mate , prenda ó coja:
yo por la cantidad vengo,
esta he de llevarme ahora,
y sea con brevedad,
sin andar con ceremonias,
porque he venido de prisa,
y es mi paciencia muy poca.

Correg Mira, Estéban::- *Esteb.* Yo, señor,
nada miro aquí.

Alcalde. Accion loca!

Correg. Aquesto no es respetar
de la Justicia el::- *Esteb.* Mis obras
del respeto y cortesía
son hijas vanagloriosas:
la cantidad solo pido,
y así la razon me sobra.

Correg. En ese bolsillo está:
si con violencia le tomas,
no pudiendo resistirlo,
no se vulnera mi honra,
porque yo nunca::- *Esteb.* Señor,
ved , que no las veces todas

debe

debe explayar la Justicia
la jurisdiccion que logra:
ya la cantidad es mia,
pero para que traidoras
cobardes lenguas no infamen
mi valor y fama heroyca,
ni digan, que el interes
á esta hazaña me provoca,
aquí otra vez el dinero
restituyo, porque ayrosa
mi bizarría, en villanas
civilidades no corra.
Solo he querido con esto,
por si acaso alguno ignora
el brio, el valor, el garbo,
que me anima y que me informa,
que quede de él advertido
con esta accion y con otras.
Vueseñoría el dinero
vuelva á tomar: pues qué importa
llevármele, si mañana
volveré en la misma forma?

Correg. Francisco Estéban, tu arresto
tanto me admira y asombra,
que si ántes para ofenderte,
los puse en tabla, ya ahora,
para que de ellos te sirvas,
los dexo en tu mano propia:
obligado de ti quedo,
y en mi aficion generosa
tendrás un seguro amigo.

Esteb. Vueseñoría me honra
como quien es: y pues ya
la confusa negra sombra
indica, que está la noche
en la mitad de sus horas,
si Usía me da licencia,
me iré á Lucena, y disponga
de mi lealtad lo que pida,
que con voluntad muy pronta
Francisco Estéban de Castro
servirle gustoso otorga. *Vase.*

Alcalde. A quién hombre tan bizarro
y tan valiente no asombra?

Correg. Vive Dios, que me ha dexado
la imaginacion absorta,
y he de darle quanto amparo
pueda, que hañazas heroycas,
mas que irritan se grangean,
y mas obligan que enojan.

Alcalde. Sugeto es digno del bronce.

Correg. Y aun de mas feliz memoria,
porque si obliga esta hazaña,
á quien el aplauso nombra
Corregidor de Antequera,
todas las demas le sobran.

JORNADA TERCERA.

Salen Doña Josepha, Francisco Estéban, Romero y Calimaco.

Joseph. De dónde tan irritado,
colérico, sañudo y enojado,
Francisco, esposo, vienes?
de qué disgusto los enfados tienes?
Tú el habla quebrantada?
sin halago el mirar? qué tienes?

Esteb. Nada:
qué disgusto, qué enojo, qué violencia
puedo tener, esposa, en tu presencia,
si antídoto amoroso á mis fatigas
eres tú para mí?

Joseph. Qué mal me obligas
con querer tu pesar disimularme!
Mal haces en negarme
qualquiera pena tuya, pues airada,
con el trabuco, mi puñal y espada,
Belona varonil en tu defensa
te dexaré vengado de tu ofensa,
quando tu fuerza rara
otro imposible el triunfo no lograra.

Esteb. No digo, que no siento
ni aun señas de disgusto? ántes contento,
sin que en mí nada mas que gusto asista,
vengo, esposa, al halago de tu vista.

Calim. Para qué son recatos,
si viene á ser la nada entre dos platos?
Ahí abaxo, sin voces ni pesares,
ha tenido unos dares y tomares
con Cárlos de los Reyes, y ha quedado
todo el cuento muy quieto y sosegado,
porque ha sido el respeto medianero
del señor Juan Romero,
que si no, ido se hubiera con presteza
con las manos, sin duda, en la cabeza.

Esteb.

Esteb. Bien puede á mi compadre
(por mas que no le quadre)
agradecer , que en ello interviniera,
porque de la quimera
no salieran de Cárlos las porfías,
sin tener que curar por muchos dias.

Rom. Yo agradezco, Francisco, lo q̄ hiciste,
que al instante mismo que me viste,
suspender tu fiereza
te debí la fineza
de que cortes , depuesto el rigor fiero,
á la vayna entregases el acero,
cuya atencion gallarda me ha dexado
mas que nunca obligado;
sí bien vuestro disgusto le sentia,
porque le motivó una niñería,
y los hombres de acciones tan famosas
riñen solo por cosas,
que si el tiempo las cuenta y la memoria,
sirvan de aplauso , de esplendor y gloria.

Jos. Y por qué fué, decidme , ese disgusto ?

Esteb. Por nada fué , Josepha.

Josph. No , no es justo,
que callarlo procures, quando infieres
lo curiosas que somos las mugeres:
ha sido alguna dama , señor mio,
quien obligó vuestro bizarro brio?
la verdad (quién lo duda?) eso seria.

Esteb. Josepha , si el motivo::-

Joseph. Hay tal porfía! *ap.*
que adivine mi ingenio de advertido
todas las travesuras del marido!

Calim. No fué mas la contienda,
que estar en una tienda
(tanto el bizarro espíritu le llama)
feriándole unos diges á una dama,
y á fe, señora, tu atencion me crea,
que era la moza su poquito fea;
quando entró á poner leyes
muy soberbio el tal Cárlos de los Reyes,
y á culpar de tu esposo la osadía,
diciendo : Aquesta dama es cosa mia,
y quien intente, y toda la parola,
y echar mano al trabuco ó tercerola;
pero tu esposo que sufrir no sabe,
le hubiera dado un cabe,
si, como he dicho, Juan Romero osado
no hubiera allí con su valor mediado.
Aqueste el caso ha sido
así al pie de la letra sucedido:
ya yo lo he dicho , mi temor conoces,
á ver cómo me libras de las coces.

Joseph. Calla, necio, qué dices? que mi esposo
no sabe tan rendido y generoso
servir á las deidades y hermosuras:
él habia de hacer esas locuras?

Est. Sabe Dios, q̄ es un loco, y q̄ ha mentido.

Jos. Pues digo yo que no : sí bien , marido,
lo mismo que tú dices desempeño,
pues si es loco , lo aprende de su dueño.

Romer. Basten ya esos ceños rigurosos,
que los hombres garbosos,
por servir á una dama con certeza,
no olvidan de su dueño la fineza;
y yo sé , que Francisco no reposa
miẽtras no está en los brazos de su esposa.
No es verdad lo que digo?

Joseph. Miren el disimulo del amigo !
qué abono tan felice!
id con Dios, Juan Romero : qué bien dice
quien dice , que de amor en la campaña,
á la muger con la verdad se engaña!

Esteb Si eres tú el astro por quien solo vivo.

Joseph. Llega á mis brazos ya.

Esteb. Yo los recibo,
pues en amantes cariñosos lazos
hallo toda mi dicha entre tus brazos.

Rom. Compadre amigo, yo me voy, q̄ tengo
precisa ocupacion ; pero prevengo,
que este disgusto , que excusé galante,
no es bien pase adelante,
porque será conmigo
tener mas que un amigo , un enemigo,
qualquiera que se olvide
de lo que á entrambos mi respeto pide:
me das palabra de olvidarlo todo?

Est. Sí te la doy, Romero. *Danse las manos.*

Romer. De ese modo
quedar contento espero:
á Dios , Doña Josepha. *Vase.*

Los dos. A Dios , Romero.

Esteb. Vive Dios , que de mi amigo
el respeto solamente
puede para la venganza
los enojos suspenderme;
pero basta intervenir

su

su atencion, para que quede
indultado de mis iras
el tal Cárlos de los Reyes.
Joseph. Y eso, Francisco, te ruego,
si darme algun gusto quieres.
Esteb. Si es tuya la accion, señora,
mal mi espíritu valiente
puede emprender lo que activo
tu imperio no permitiere.
Calim. Ay, ay, dos tapadas damas
entrándose hácia acá vienen.
Esteb. Tapadas en casa? *Joseph.* Sí.
Esteb. Quién serán estas mugeres?
Joseph. Qué sé yo? lo que aseguro
es, que no vendrán á verme.
Esteb. Pues á quién?
Joseph. A quien con ellas
se porta tan noblemente
como usted, señor Francisco:
vea usted lo que le quieren.
Esteb. Qué es lo que mandais, señoras?
Salen Margarita y Juana tapadas.
Marg. Una precision urgente
pide á vuestra bizarría
atencion, si la merece.
Joseph. Bien podeis hablar seguras
de que yo groseramente
vuestra pretension estorbe;
pues::- *Esteb.* Vive Dios, que presente
has de estar, Doña Josepha,
á todo quanto dixeren.
Joseph. Déxame. *Esteb.* No te has de ir,
porque satisfecha quedes.
Marg. Esta es sin duda su esposa: *ap.*
fuerza es que mude de especie
mi intencion; porque no es bien,
que de mí acaso sospeche
lo que puede mi designio
servirle de inconveniente. *Descúbrese.*
Aunque de las tiranías
impelida de la suerte
me veis, señora, este dia
de vuestro esposo valerme,
no atribuyais á motivo
de asunto ménos decente
la ocasion que á vuestra casa
llegar así me compele;
y así en sucintas razones
escuchadme atentamente.
Esteb. Margarita así en mi casa! *ap.*
dudoso el caso me tiene.
Marg. Por violencias de un destino,
que desde el circo celeste
va inspirando en mis progresos
mil tragedias diferentes,
viví en la feliz Granada
muchos mal gastados meses;
y una noche, quando ya
las opacas lobregueces
su media estacion formaban
con denegridos relieves,
entró en mi casa (qué susto!)
un hombre por las paredes
de un jardin hasta mi quarto,
donde descuidadamente
estaba de mis favores
coronado amante huésped
un Caballero, quien luego
que vió el contrario atreverse
á accion tan determinada,
vibrando el acero fuerte,
se puso en defensa; mas
el otro, que osado viene
con prevencion, á un trabuco
soltando el ligero muelle,
pasó su desnudo pecho
con dos balas tan ardientes,
que no hubo mas dilacion
desde el rayo hasta su muerte
(y desde ella á un parasismo,
cárcel de mi pecho débil)
que hacer el traidor amago,
morir él, y yo caerme.
Al ruido que el arcabuz
hizo en mi corto retrete,
se puso en alto la calle,
y ántes que acudiese gente,
pudo el agresor tirano
por donde se entró volverse.
Las puertas echó en el suelo
la Justicia, recobréme,
quando ya de los Ministros
cercada infelicemente,
mal vestida y afrentada,
les mandó el superior Gefe
me llevasen á la casa

del severo Presidente
de Sala, miéntras tomaban
los testigos, le obedecen.
Pero ántes de ver la casa,
con ademanes corteses
dos generosos mancebos
(que aunque el nombre sé, no puede
mi voz nombrarlos, porque hay
motivos que lo suspenden)
á los airados Ministros
suplicáron que me dexen;
pero ellos, que al superior
decreto solo obedecen,
lo negáron, hasta que
los dos valerosamente,
á la furia de sus golpes,
á la ira de sus reveses,
con mi libertad lográron
su triunfo gloriosamente.
Dexáronme los Ministros,
y el que de los dos mas fuerte,
osado y noble en mi amparo
se mostró, me dixo: Vete,
muger, ya has quedado libre,
no puedo favorecerte
mas, que con el corto alivio
de este bolsillo; y en breve,
volviéndome las espaldas,
me dexó confusa, y fuése.
Pasar á Córdoba quise,
y puesta en camino, en breve
á la indefensa calesa
asaltáron de repente
seis alevosos ladrones,
que osadamente crueles
dexáron sin vida al dueño;
y á nosotras, por mugeres,
nos quitáron quantas joyas,
dinero y prendas la suerte
nos dió, y como mal ganadas,
nos quitó ambicion aleve.
De estos sustos afligida,
confusa de estos vayvenes,
sabiendo que eres de heroycos
generosos procederes,
de ti, valiente Francisco,
vengo (ay de mí!) á guarecerme,
en tanto que compasiva
mi dura tirana suerte,
nueva ventura me añade,
y á estado feliz me vuelve.

Esteb. Aunque las piedades mias
el corto obsequio os ofrecen,
que á vuestra afliccion mi casa
dar liberalmente puede:
con todo, reconociendo,
que es accion justa, en que debe
proceder Doña Josepha
mi esposa, que está presente,
á ella os remito, y no dudo,
que con la atencion que suele,
vuestras fatigas alivie,
y vuestro quebranto temple.

Joseph. Siendo eleccion de tu agrado,
mal haria en no exponerme
con las veras de mi afecto
á servirla fina. *Marg.* Denme
los Cielos con que tan grandes
finezas os recompense.

Juana. Yo como soy para poco,
tan solo podré ofrecerme
en andar por la cocina
barriendo y fregando á veces.

Joseph. En mi afecto no tendréis
(tanto una afliccion me mueve)
mas, que discurrir asunto
de rendimientos corteses.

Calim. Que haya venido esta Juana, *ap.*
sin mas ni mas, á meterme
una cizaña de amor,
que esta cholla me destemple
al cabo de las quinientas!
Válganme seis misereres!
no me faltaba ya mas
para perder el calletre.

Esteb. Señora, una ocupacion
me está obligando á que os dexe:
con vuestra licencia, á Dios.

Marg. El os guarde.

Esteb. Habrá quien piense, *Al paño.*
que aquello de que me aparto,
tras mí siguiéndome viene?
Pero no sé qué cuidado
me aflige allá interiormente,
que me presagia algun riesgo:
mas de qué sirve temerle,

si á mi valor no le rinde
todo el terror de la muerte? *Vase.*
Joseph. Ya pues que no teneis mas
que mandar, venid alegres
donde os disponga el retiro. *Vase.*
Marg. Siguiéndoos voy obediente:
Quién creerá, que haya una estrella
tan enemiga y rebelde,
que de mal en mal me arrastre,
y pena á pena me lleve! *Vase.*
Calim. Digo, Juana, has de ser mia?
Juana. Eso dudas? *Calim.* Ciertamente?
jura, ó si no, no te creo.
Juana. Como quatro y tres son siete.
Calim. Pues punto en boca, y al cuento.
Juana. Chiton, y cazar la liebre.
Calim. Pues, Juana, toca esos huesos.
Juan. Toca esos huesos, pobrete. *Vanse.*

Salen Bocanegra, Benito Velasco y otros dos Bandoleros.

Bocan. Ya, valiente Benito, llegó el dia
en que funda la sed de mi venganza
en tu valor, arresto y osadía,
la deseada gloria que afianza:
hoy á ese objeto de la saña mia
ver sin aliento aguarda mi esperanza,
porque se aplaque con su muerte fiera
todo el rencor, q̃ en mi pasion impera.
Benit. De tu valor confiado,
y de tu arresto asistido,
no pongo duda en la suerte
de matarle. *Bocan.* Yo, Benito,
solo el disimulo encargo,
y el ardid. *Benit.* Con ese aspiro
á hallar el laurel glorioso,
que procuran mis designios.
Bocan. De mí imagina un Acátes.
Los dos. Y de nosotros lo mismo.
Benit. Pues por esa calle abaxo
podemos los quatro unidos,
siempre con la prevencion
ver si hallamos á Francisco,
y ántes que la indignacion,
ponga la cautela el tiro.
Los tres. Bien dices. *Boc.* Pero aguardad,
porque si mal no distingo,
hácia nosotros se acerca
con un viejo, que imagino,
que es su padre: en esta esquina
nos quedemos prevenidos.
Benit. Nadie se mueva, hasta que
me mireis en el conflicto.

Toman la punta del tablado en corrillo, y sale al paño Estéban y su padre con muleta, valona y humilde vestido.

Pad. Hijo, esto es cierto, no hay duda,
auséntate, que he sabido,
que en Lucena hoy han entrado,
cautelosos y advertidos,
algunos contrarios tuyos
á matarte: esto te digo
movido de las instancias
de mi paternal cariño;
y así::- *Esteb.* Qué importa, señor,
si todos mis enemigos
solo de mirarme tiemblan?
Quántos que lo han pretendido,
han salido de la empresa
castigados y corridos?
Padre. Hijo, tu perdida vida
y repetidos delitos
tienen á Dios enojado:
ya te ha dado mil avisos,
tú, sordo, no los aprecias,
y aunque es piadoso y benigno,
tambien es Dios justiciero,
todo pende de su arbitrio:
teme pues que Dios se canse
de sufrirte, y tu castigo
venga por donde no pienses.
Esteb. No te canses, padre mio,
porque salir de Lucena
fuera en mi valor delito;
y si está de Dios que muera,
en qualquier parte es lo mismo.
Padre. En fin, puesto que no puedo
reducirte á lo que pido,
y de Lucena no quieres
salirte, sin que el peligro
te acobarde, á Dios te queda,
que yo triste y afligido,
de mi amargo sobresalto
voy á padecer los filos.
O vejez triste! en un padre,
qué gran cuidado es un hijo! *Vase.*

Esteb. Cómo temerá este riesgo
quien mayores no ha temido?
vengan contrarios, qué importa?
seguro estoy yo conmigo,
pues miéntras mi corazon
me anime::- pero qué miro!
ó es que mis ojos se engañan,
por la novedad que han visto,
ó este es Benito Velasco,
el valiente de Campillos,
con Bocanegra y dos mas:
yo llego á hablarles: Amigos?
Benit. Francisco, amigo?
Esteb. Qué es esto?
cómo en Lucena ese brio
sin darme cuenta? no sabes,
que tengo allí un rinconcillo
para mis amigos siempre?
Benit. Es excusado, Francisco,
porque yo y mis camaradas
en la posada asistimos,
y eso fuera molestarte:
yo lo agradezco y estimo.
Esteb. Y á qué ha sido la venida
á Lucena? *Benit.* Yo he venido
á acalorar un negocio
tocante al Real Servicio,
y puede ser que despache,
segun imagino, hoy mismo.
Esteb. Solo on eso mi amistad
no puede serte de alivio.
Benit. De qualquier suerte agradezco
tu atencion, que yo lucido
quedaré en mi pretension
con solo lograr un tiro:
ya he visto al Corregidor,
y se ha mostrado muy mio.
Esteb. De tu feliz desempeño
no dudo el logro cumplido,
por tu garbo. *Benit.* En tu amistad
yo siempre he estado bien visto.
Esteb. Y eso solo lo asegura
mi estimacion y cariño.
Benit. Sabes qué reparo, Estéban?
Esteb. Qué, amigo?
Benit. Que mas lucido
te pones de cada dia:
qué bien te asienta ese rico
coleto! por vida mia,
que tan prendado me miro
de él, que te diera el que llevo
(y á fe que no es ménos fino)
y quanto por él me pidas,
por poder hacerle mio.
Esteb. Benito, quien te hace dueño
de sí, no estará remiso
en servirte con tan corto
agasajo, aquesto es fixo:
mira si de quanto llevo
en mi adorno y mi vestido,
hay alhaja que te guste,
que todo está á tu servicio,
coleto, capote y armas
te ofrezco, pues imagino,
que no hay alhaja en el mundo,
que valga mas que un amigo,
y ya las armas en mí
están de mas, vive Christo.
Benit. Tú con solo el nombre asombras.
Esteb. Si es lisonja yo la estimo.
Bocan. Si tú entendieras su pecho, *ap.*
no anduvieras tan cumplido.
Bien el lance se dispone. *A los dos.*
Benit. Pues, Estéban, ya te he dicho
que es de mi gusto el coleto;
pero tan inadvertido
no soy, que no le prevenga
equivalente: este mio
se ha de honrar en tu persona,
si de ese tuyo soy digno.
Est. Quando quieras se hará el trueque:
mira qué presto te sirvo.
Benit. En el patio ó zaguan propio
de aquesta casa, Francisco,
podemos, si te parece,
cambiarlos. *Esteb.* Bien has dicho.
Vive Dios, que el corazon *ap.*
sobresaltado á latidos
me da no sé qué pesados
enfadosos vaticinios,
de que este con esta industria
matarme intenta, y lo mismo
su semblante manifiesta,
pues demudado le miro:
sea la cautela el toque
de lo que me he presumido.

Benit.

Benit. Parece, Estéban, que estás
algo dudoso. *Esteb.* No, amigo.
Benit. Pues á qué agurdas? entremos.
Esteb. Tanto apretar? bien colijo. *ap.*
Benit. No, entras ya?
Esteb. Y llevar la mano *ap.*
junto al puñal? sus designios
he penetrado, y así
remediarlo determino.
Emlózase, y amartilla una pistola.
Benito, yo he imaginado,
que no es competente sitio
este para efectuar
nuestro trueque, y ya averiguo,
que el decir, que de coletos
trocar quieres, fementido,
es, traidor, para matarme,
en tanto que me le quito.
Benit. Esos fuéron mis intentos;
y pues á tu muerte aspiro,
si no lo logro de aquella,
de esta forma lo consigo.
Echa mano á la charpa.
Esteb. Pues no has de lograrlo, infame,
que de esta suerte consigo
tu traicion. *Dispara.*
Benit. Válgame el Cielo!
que me ha muerto. *Cae dentro.*
Bocan. Muera, amigos.
Estéban echa mano al trabuco.
Esteb. Primero os hará pedazos,
canalla, mi ardiente brio.
Disparan todos, y se retiran los tres.
Los tres. Huyamos. *Esteb.* Para eso solo,
cobardes, habeis venido? *Vase.*
Salen el padre de Estéban, Doña Josepha, Margarita, Juana y Calimaco.
Joseph. Qué estruendo es el que no léjos
se escucha de algunos tiros?
Padre. Válgame Dios! si es mi Estéban,
y estará en algun peligro?
Calim. Pues de quándo acá hace falta
el otro en qualquiera ruido?
Joseph. Si habrá encontrado á los que
quieren matarle atrevidos?
Padre. Duda grande! ansia terrible!
Joseph. Qué aguardas, que no has salido
á ver qué alboroto es este?
Calim. Voy volando: San Cirilo!
Sale Estéban.
Esteb. Dónde vas? *Calim.* Voy á buscar
quien me preste unos hocicos,
que los mios me he deshecho
del golpe que dí contigo.
Esteb. Dexa las chanzas, y ensilla
el caballo: he de decirlo
segunda vez? *Calim.* Hay tal prisa!
digo que voy. *Vase.*
Joseph. Qué has tenido,
Francisco? *Padre.* Qué te ha pasado?
Esteb. Ahí ha sido un cuentecillo
con un amigo, que á darme
la muerte se habia venido
con otros tres camaradas.
Padre. Le has muerto?
Esteb. No, padre mio:
con dos balas y sus postas
le he pagado el beneficio:
los otros dos me han dexado,
que si no, llevan lo mismo.
Padre. Hijo, otra muerte?
Esteb. Eso dudas?
Padre. Delito sobre delito?
Joseph. Pues ha de dexar el otro
que le maten? *Padre.* Tal no digo.
Joseph. Pues ha hecho mil veces bien
en matarle, y he sentido,
que otro tanto no haya obrado
con los otros mi marido.
Esteb. O Amazona! vive Dios,
que tu corazon envidio:
Solo siento, que estaréis *A Margar.*
del presente disgustillo
sobresaltada: señora,
no lo esteis, que ya mi brio,
estas y otras pendenzuelas
las lleva por estrivillo.
Marg. De vuestra casa el disgusto,
que yo sienta no es preciso?
Joseph. Yo de esas cosas de Estéban,
amiga mia, me rio.
Padre. Y á mí me pasan el alma: *ap.*
siéntolas, porque es mi hijo.
Sale Calimaco.
Calim. Ya está el caballo en la calle.
Esteb. Pues llévalo hasta el Egido,
que

que ya voy. *Calim.* Pues no te tardes,
que en esperar me amohino. *Vase.*
Joseph. Y adónde vas? *Esteb.* A buscar
dos ó tres de mis amigos,
que hemos de pasar al Puerto;
y así; á Dios.
Las dos. A Dios, Francisco.
Esteb. Y aunque me voy, en mi esposa
A Margarita.
teneis seguro el alivio.
Marg. El Cielo con bien os vuelva.
Esteb. A Dios, señor.
Padre. A Dios, hijo.
Esteb. Válgame Dios, y qué angustia
Al paño.
dentro del pecho resísto,
que hasta el aliento le formo
molestamente oprimido! *Vase.*
Marg. El Cielo os dió por esposo
un valeroso prodigio.
Joseph. Su valor me aficionó,
que á no haber su esfuerzo visto,
nunca le hubiera hecho dueño
felice de mi alvedrío.
Marg. Su cortesía, su garbo,
su atencion, porte y estilo
le hacen amable con todos:
y pues fuera ya delito
en mi reconocimiento
callarlo, el que compasivo
en Granada cierta noche
me libró de los Ministros,
fué tu esposo, y Juan Romero
quien acompañó su brio.
Padre. Mas quisiera verle quieto,
que tan valiente, á mi hijo. *Llaman.*
Joseph. Parece que están llamando.
Padre. Y en demasía es el ruido.
Marg. Juana, mira pues quien llama.
Juana. Quién es?
Abre, y sale Romero.
Romer. Yo soy, qae á Francisco
Estéban vengo buscando,
pero con fines distintos
que otras veces, pues airado,
colérico y vengativo
vengo á matarle, por falso,
vil y desatento amigo,
ya que ha dado muerte á Cárlos,
olvidando, que yo he sido
quien sus enojos y duelo
á la amistad reconvino.
Joseph. Matar á mi esposo quieres?
Rom. Pues lo dudais? *Jos.* Es preciso,
porque es arresto que tiene,
Juan Romero, su poquito
de dificultad. *Romer.* Por qué?
Joseph. Pues ignoras, que su altivo
valor es, por invencible,
incontrastable y temido?
Romer. Pues qué tiene mas Estéban,
que yo? tambien me imagino
adornado de valor,
y es un proverbio admitido,
que el que es para amigo bueno,
es malo para enemigo.
Pero para qué me canso?
á darle muerte he venido:
si me oye, cómo no sale?
y si de casa ha salido,
yo le hallaré, y perder tiempo
mas en esto, es desvarío.
Joseph. Ya la tardanza te culpo;
búscale, no estés omiso,
hácia el Egido se fué:
qué aguardas? ve prevenido,
que si cara á cara el lance
has de executar, confio,
que has de volver de su furia
afrentado y con castigo.
Romer. O cómo presto has de ver
en lamentos y suspiros
trocadas las confianzas!
Joseph. No lo creas. *Romer.* Yo remito
á la execucion del brazo,
lo que en las voces publico.
Jos. Ya tardas. *Romer.* Veráslo presto.
Joseph. Mucho emprendes.
Romer. Tengo brios.
Joseph. Ay de ti, si hallas á Estéban!
Rom. Ay de él, si hallarle consigo! *Vase.*
Pad. Aguarda, espera. *Joseph.* Señor,
dónde vais? *Padre.* A que á mi hijo
no ofenda. *Joseph.* Tened, señor,
que tengo muy conocido
el esfuerzo de mi esposo;

demas que no hago yo juicio,
que Romero se le atreva,
que ese furor vengativo
menguará solo con verle,
y han de quedar mas amigos;
y así vamos, Margarita,
á tu aposento ó al mio,
y proseguirás la historia
de tu vida. *Marg.* Ya te sigo. *Vanse.*
Padre. Id vosotras, que á Romero
he de seguir afligido:
ó quién para tantas penas
tuviera el sentir de un risco! *Vase.*
Sale Francisco Estéban.
Esteb. Con la prisa de marchar,
me he dexado, inadvertido,
la municion y los frascos,
y ha sido notable olvido
en mí, que no conocí
la floxedad del descuido,
y así, llegarme por ellos
es fuerza.
Sale al encuentro Romero.
Romer. Señor Francisco,
buscándoos vengo. *Esteb.* Romero,
qué quieres? *Romer.* Solo deciros,
que una bien fundada queja
tanto ha irritado mi brio,
que por la satisfaccion
de ella tan solo he venido:
cómo olvidado de mí,
villanamente atrevido,
has muerto á un hombre, á quien hice
objeto de mi cariño?
Cómo::- *Esteb.* Romero, qué dices?
Romer. Qué he de decir, fementido,
si acabas de dar la muerte
al mayor amigo mio?
Esteb. Y á tí tambien, pues defiendes
á un traidor.
Dispara una pistola sin piedra.
Romer. Qué es lo que he oido!
mal podrás dármela, infame,
si así tu maldad castigo. *Tírale, y cae.*
Esteb. Traidor, qué has hecho?
Romer. Matarte.
Esteb. Válgame el Cielo divino!
Piedad, Señor, que me muero,
pequé contra tí, Dios mio,
pero en tu misericordia
espero. *Romer.* Qué, aun estás vivo?
Pues cómo el aliento breve
que te queda no te quito? *Otro tiro.*
Sale su Padre.
Padre. Detente, traidor, aguarda:
mas triste de mí, qué miro!
hijo, Francisco (ay pesares!)
cómo, villano, á mi hijo
Asese de Romero.
me has muerto?
Romer. Apartad, soltadme.
Padre. Justicia á los Cielos pido
contra este traidor, justicia. *Luchando.*
Romer. Vive Dios, que en desperdicios
breves del ayre te vuelva,
caduco, si mas me irrito:
Ea, déxame. *Padre.* Tirano,
no te has de librar. *Romer.* Prolixo
cansado viejo, este acero *Saca el re-*
sabrá hacer::- pero imagino *(jon.*
que darte muerte es afrenta
para mi soberbio brio;
y así, quítate del paso,
caduco. *Le arroja y vase.*
Padre. Dolor impío!
tirana muerte, á qué esperas?
llegue tu sangriento filo:
hijo del alma. *Dent. voces.* Acudamos,
que aquí se oyéron los tiros.
Salen por distintas partes Doña Josepha, Calimaco, Margarita, Juana, Bocanegra, el Justicia y Ministros.
Joseph. Válgame el Cielo! qué veo?
esposo, mi bien, Francisco,
quién fué el traidor, que la vida
me ha quitado en tí, bien mio?
Calim. Quien me ha dexado sin amo,
Dios le dé un gran tabardillo.
Bocan. Vive Dios, que ya halló Estéban
á su arrogancia castigo.
Justicia. Quien fué el agresor se sabe
de este trágico homicidio?
Padre. Ese alevoso Romero,
ese fué el traidor indigno,
ese, que en salvo se ha puesto
en el Templo de Domingo.
Justicia.

Justicia. Y de esta muerte se sabe
qual fué la causa y motivo?
Joseph. Haber el traidor Romero
erradamente entendido,
que á quien mi esposo hoy ha muerto
ha sido Cárlos su amigo,
con los que mediado habia,
siendo á quien mató Benito.
Y por esto la venganza
tomar con su muerte quiso;
mas cómo airada no abraso
la esfera con mis suspiros?
Dexad que mi sentimiento
le arranque del pecho impío
el vil corazon. *Justicia.* Señora,
teneos, que aquí es preciso,
que como debe y es fuerza,
la Justicia haga su oficio:
retirad ese cadaver
á la Cárcel, donde al vivo *Le retiran.*
se le averigue la causa;
y al muerto, de sus delitos
se le expongan los procesos
al jurídico registro. *Vase.*
Joseph. Que esto escucho, y tengo vida!
Padre. Que estoy vivo, y esto miro!
Joseph. O entre mis penas fallezca! *Vase.*
Padre. O muera del dolor mio! *Vase.*
Bocan. Vés, fiera, cómo la suerte
á mi poder te ha traido?
Marg. Ay de mí triste! *Bocan.* No temas,
yo te amparo, ven conmigo.
Marg. Juana, á correr de la suerte
el inconstante camino.
Juana. Haz lo que quieras, que yo,
con quien vengo vengo, digo.
Çalim. Yo sin amo y sin dinero,
hácia vosotras me arrimo.
Bocan. Y pues esta es la tragedia
del Andalúz mas temido
Francisco Estéban de Castro::-
Todos. A vuestros pies, quien la ha escrito,
pide el perdon, si merece
la fortuna de serviros.

FIN.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se hallará esta, y otras de diferentes Títulos. Año 1767.